

Revista de literatura moderna
(Mendoza) 23(1990)

CERVANTES Y DON QUIJOTE EN UNA PARABOLA DE BORGES

Carlos Orlando Nallim

Las vastas geografías de Ariosto:

"-Esa Angélica -respondió don Quijote-, señor cura, fue una doncella distraída, andariega y algo antojadiza, y tan lleno dejó el mundo de sus impertinencias como de la fama de su hermosura: despreció mil señores, mil valientes y mil discretos, y contentóse con un pajecillo barbilucio, sin otra hacienda ni nombre que el que le pudo dar de agradecido la amistad que guardó a su amigo. El gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse, o por no querer cantar lo que a esta señora le sucedió después de su ruin entrego, que no debieron de ser cosas demasíadamente honestas, la dejó donde dijo:

Y cómo del Catay recibió el cetro,
quizá otro cantará con mejor plectro".
(*D.Q.*, II, 1°)

Este juicio terminante y no muy halagüeño sobre la heroína

del *Orlando Furioso* en boca de don Quijote pone de relieve su desconfianza por la famosa y huidiza protagonista del libro de Ariosto. Su recuerdo viene a cuento porque en su animada charla con el cura y el barbero —de la que fueron testigos su sobrina y el ama, en la que se descubre que el caballero manchego no había sanado de sus obsesiones y delirios— sugiere un arbitrio para ayudar al monarca a vencer el peligro que significaba la potente y amenazadora armada turca. Más que proveer o movilizar sus reinos, don Quijote pensaba en otra solución muy distinta que, a ruego de sus interlocutores, declara: convocar a los caballeros andantes de España porque hasta quizá sólo uno de ellos bastase para derrotar al enemigo. Cuando desea nombrar ejemplos de esa resplandeciente caballería, al final de su lista incluye los nombres de Rodamontes, el rey Sobrino, Reinaldos, Roldán y Rugero, que es lo mismo que decir que evoca al fantástico y maravilloso mundo del *Orlando Furioso*.

A pedido del cura, don Quijote describe los rostros de Reinaldos de Montalbán y de Roldán. La burlesca requisitoria del cura recibe su respuesta y cuando, a continuación, pretende el sacerdote casi justificar la inclinación de Angélica por Medoro, más blando que el áspero Roldán, sobreviene la respuesta de don Quijote más arriba citada. Creación boiardenca, extraña heroína del *Furioso*, universalmente reconocida como sumamente bella, Angélica no era menos astuta, adulatora y caprichosa. Sin embargo, centra el mundo fabuloso de Ariosto. A pesar de que la mayor parte del tiempo desaparece de la escena, su imagen, su presencia virtual, causa de la original locura del héroe, permanece en nuestra fantasía hasta que Orlando recupera su salud, hasta que Reinaldos cesa en sus aventuras.

No obstante la ironía, el juicio de don Quijote sobre Angélica se ajusta más a la realidad ariostesca que a las brevísimas descripciones de los dos paladines, Orlando y Reinaldos. Extraídos de la leyenda, no son ya héroes graves y severos de la canción de gesta, estos caballeros enamorados se vuelven más débiles, más humanos, más próximos a nosotros. Han descendido de un mundo legendario intangible

y celestial al mundo siempre cambiante de la realidad, a la tumultuosa condición humana. Su espíritu caballeresco, sin embargo, sigue signándolos. Aún considerando que el juicio de don Quijote sobre los dos paladines puede resultar, por su inopinada locura, erróneo, no es menos cierto que es la figura de Reinaldos de Montalbán la menos favorecida. A pesar de su juicio peyorativo, en la leyenda y en el *Furioso* es un personaje siempre menos cegado por la pasión y más cumplidor de sus deberes caballerescos; su espíritu resulta más fuerte que el de Orlando y, hacia el final del poema, encarna el tipo de la sabiduría triunfante.

No exagera Borges cuando afirma que *un viejo soldado del rey buscó solaz en las vastas geografías de Ariosto*, donde el enamorado caballero deja testimonio inmortal de su viaje por la India, la Media y la Tartaria (O.F., I, 5, 3). *Harto de su tierra de España* no implica fastidio, cansancio, sino más bien saciedad, por muy conocida. La tierra o los lugares que le eran familiares al viejo soldado abarcaban gran parte de la Península; pero eran lugares reconocibles por cualquier viajero. Esta geografía española cervantina era evidente, constatable en cualquier momento por cualquiera. Cuando Cervantes quiso alejarse de la realidad cotidiana, recordó el mundo de fantasía de los libros que lo sorprendieron y le agradaron en su juventud y aún releía de vez en cuando. Pero, en tanto que escritor, volcó ese mundo de maravillas, cada vez que lo creyó conveniente, en su propia obra y obtuvo la ansiada variedad, placer y arte.

Fantasías sin límites o con límites tan exageradamente amplios que sólo sirven para pensar en un mundo ilimitado:

"Tra l'Indo e 'l Tago e 'l Nilo e la Danoia,
tra quanto e 'n mezzo Antartico e Calisto".

(O.F., III, 17, 5-6).

Cuatro grandes ríos, cuyos solos nombres recordaban su importancia y evocaban lejanía y misterio, historia y fantasía. Además marcaban los cuatro puntos cardinales, lo que es casi decir un sistema de referencias fundamental. Pero

si al lector le pudiera parecer insuficiente, puede decirlo de otra manera, con un lenguaje científico y a la vez mitológico, entre los dos polos. Vasta y total geografía.

El mundo ariostesco sobrepasa la tierra y por arte de magia llega a la luna. Allí Astolfo pudo admirar otros valles, otras montañas, otras ciudades, casas y selvas; hasta que llega al valle en el que se hallaban admirablemente recogidas todas las cosas que por nuestra culpa se pierden, o por causa del tiempo, o por los reveses de la fortuna:

"ciò che si perde qui, là si raguna".

(O.F., XXXIV, 73, 8).

Allí han ido a parar no sólo cosas tangibles sino también reputaciones, ruegos y votos. Lágrimas y suspiros de amantes, el ocio *sine dignitate* de los jugadores y los ignorantes, los deseos vanos,

ciò che in somma qua giú perdesti mai, là
su salendo ritrovar potrai".

(O.F., XXXIV, 75, 7-8).

Vio muchas cosas, tantas que sería difícil enumerar a todas. Todo lo que de nosotros procede allí se encuentra reunido, a excepción de la locura que permanece en la Tierra. El paladín halló un montón de aquello que nunca se nos ocurre pedir a Dios, el juicio.

El poeta ejerce libremente su capacidad de maravillar y maravillarse. La cronología nos advierte que Galileo no había escrutado aún el satélite con su telescopio, pero es que tampoco Ariosto pretendió dar a los lectores una lección científica. Sobre la base de conocimientos elementales y muchas veces errados, más que de astronomía se trata de fantasía. Su mundo selenita sorprende por la imaginación del poeta, no por su ciencia. En estos versos se nota una suave corriente elegíaca que circula soterradamente a través de la representación superficialmente ligera y alegre. Tras el ímpetu del canto, la inspiración melancólica. Ante la variedad del mundo, el poeta se consuela refugiándose

míticamente en la luna, con todo lo que se pierde en la tierra. Ironía maravillosamente ligera y al mismo tiempo profunda. El episodio de la luna es una excelente muestra del humorismo ariostesco: crear un mundo, casi cándidamente, para consolarse de su prosaica y amarga experiencia de los hombres y de las cosas. Se trata de un *scherzo* en el que ocupa un lugar principal el alegre espectáculo de un valle, donde toda la imaginación del poeta le hace pensar que allí se halla todo lo que se pierde en la tierra. Tras la enumeración, queda la sensación de un chisporroteo de palabras, de burlas, de agudezas, de bromas, de figuraciones burlescas que, sin embargo, esconden un pensamiento serio y profundo. He aquí el mundo que sintetiza Borges cuando alude a *aquel valle de la luna donde está el tiempo que malgastan los sueños*. Ariosto con su obra dio muerte al medioevo y a la caballería, pero dio nacimiento al espíritu y la novela moderna.

Se trata de un tiempo muy especial. En ese valle lunar tan particular, el tiempo parece haberse detenido y, en ese sentido, es mítico. Sin embargo, su caudal nos asombra toda vez que se trata de la cosa más preciosa. Lo que nos engaña es que el tiempo es incorporeal y no parece tocar nuestros sentidos, parece así un don gratuito al que se le atribuye escaso o ningún valor. Pero, el sentido común, la reflexión primera, nos está diciendo que se trata de un medio indefinido análogo al espacio, en el que se aparecen los acontecimientos con su propia duración. En la expresión borgeana es tiempo malgastado porque se trata de sueños y, por lo tanto, sin medida en cuanto a la duración, fantásticamente corpóreos, realmente intangibles. El tiempo mensurable deja aquí lugar a un tiempo existencial, poéticamente vivido. Su particularidad subjetiva, su afectiva tonalidad están teñidas por el sueño que lo penetra. Los sueños parecen imponderables, pero sería arriesgado afirmar que son intemporales, no sometidos a las vicisitudes de la duración y el cambio. Tiempo malgastado, derrochado inútilmente; pero graciosamente empleado en esta fantástica narración.

También mucho de sueño y fantasía tiene el robo de Reinaldos de Montalbán -el paladín tan cantado en un ciclo

épico francés- de relevante papel en los poemas de Boiardo, Ariosto y Tasso y protagonista de tanto romance español y libro de caballerías. Precisamente, en un libro de este tipo, *Espejo de Caballerías*, se menciona el hecho del fantástico robo. Don Diego Clemencín, en sus comentarios, se creyó en la obligación de aclarar a los lectores del *Quijote* que "entre los mahometanos no hay ídolos, antes al contrario, está prohibida toda clase de imágenes, como lo estaba a los hebreos por ley de Moisés: y los pocos Califas que acuñaron moneda con sus bustos, están reputados por heterodoxos entre los musulmanes...", y sigue la larga y severa explicación. Olvidaba, obsesionado por la ciencia, el efecto cómico del hecho legendario, tan a mano de cualquier lector de aquellos tiempos o, simplemente, escuchante atento del popular romance.

Fue Ariosto, mejor, dos de sus versos los que, tras el largo intervalo de diez años, sirvieron a Cervantes para reforzar la continuidad entre la primera y segunda parte. La primera parte del *Quijote* termina con un verso del *Orlando Furioso*, que dice así: "Forsi altro cantera con miglior plectio". Así, en incorrecta cita, ya que debió decir "forse altri canterà con miglior plectro" (*O.F.*, XXX, 16, 8). En el capítulo I de la segunda parte -lo vemos en la cita con que comienza este trabajo- agrega el verso anterior, pero, ahora, ambos traducidos al castellano; aunque se equivoca otra vez al decir Catay y no India. Tanto Ariosto como Cervantes bien sabían el alcance que daban a la palabra *plectro*. No se trataba del adminículo para tocar las cuerdas, tampoco del verso sino, más bien, del estilo, de la virtud poética.

Creemos oportuno aclarar que si bien Cervantes leyó con entusiasmo el *Orlando Furioso*, no es menos cierto que no fue un imitador y menos un plagiaro. Obsesionados por el escepticismo que respecto de la caballería se respira a menudo tanto en Ariosto como en Cervantes y por el paralelismo, más ilusorio que real, entre la furia del uno y la locura del otro protagonista, muchos eruditos del siglo XIX y de principios del XX han exagerado las influencias del ferrarés sobre el alcalaíno. Como ya un crítico de estos

tiempos ha puesto en claro las diferencias entre las locuras de Orlando y de don Quijote, no insistiremos¹.

Sí, nos parece inteligente e inspirada la invocación del *Furioso* que, a propósito de Cervantes, hace Borges. Estoy seguro además de que el escritor argentino suscribiría, sin duda alguna, la opinión de nuestro amigo Chevalier cuando dice:

"Il s'agit une fois de plus pour Cervantès de ne pas imposer de barrières rigides à l'imagination du lecteur, de ce lecteur dont il a reconnu le libre arbitre dans le prologue à la première partie du roman. Le flou qui entoure les personnages, une imprécision délibérée, la présentation hypothétique des faits, l'hésitation dans le choix des termes concourent également à ce but"².

La Mancha, una geografía prosaica y maravillosa

Clemencín, en su *Comentario*, se refiere al Toboso diciendo que "es villa antigua de la Mancha, de la Orden de Santiago, situada entre las de Miguel Esteban y Mota del Cuervo. En una relación que sus vecinos dieron el año de 1577 de orden del Rey D. Felipe II, dijeron que el nombre le venía de las muchas *tobas* o piedras ligeras y como esponjosas que se encuentran en su territorio. Su principal industria era entonces, y aún continúa siéndolo, la de hacer tinajas, y de esto se hará mérito oportunamente en el *Quijote*". He aquí una descripción fidedigna y veraz que incluye hasta la industria típica y madre de la aldea. De una aldea en la extensa y casi monótona meseta. De una aldea tan aldea como muchas otras en la Mancha pero que, por arte de

1 Vid. Antonio VILANOVA. Erasmus y Cervantes. Barcelona. 1949. 38-39.

2 Maxime CHEVALIER. L'Arioste en Espagne [1530-1650]. Recherches sur l'influence du "Roland furieux". Bordeaux. Institut d'Etudes Ibériques et Ibéro-Américaines de l'Université de Bordeaux. 1966. p. 472.

encantamiento artístico, se constituye en lugar distinguido por la presencia en sus límites de la dama más inventada que real como es Dulcinea.

Frente a la casa de don Diego de Miranda, don Quijote observa "...la bodega en el patio, la cueva en el portal, y muchas tinajas a la redonda, que por ser del Toboso le renovaron las memorias de su encantada y transformada Dulcinea. Y suspirando y sin mirar lo que decía, ni delante de quien estaba, dijo:

"¡Oh dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios quería!

¡Oh, tobosescas tinajas, que me habéis traído a la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura!" (D.Q., II, 18).

Estos versos son los primeros del precioso décimo soneto de Garcilaso. Desde los comentarios de Herrera, vale decir, desde el mismo siglo XVI era cosa sabida que el poeta imitó con el soneto aquel verso con que Virgilio hizo exclamar a la abandonada Dido, próxima a la muerte y en presencia de las armas y prendas de Eneas: "Dulces exuviae, dum fața, Deusque sinebant". A partir de las tinajas toboseñas, que cumplían la humilde y práctica función de contener el vino, el aceite u otros líquidos necesarios en la vida doméstica, nos elevamos a los versos garcilasianos, tópico vulgar por aquellos tiempos, pero no por ello despojados de su exquisita belleza, para terminar de ascender a los cielos maronitas. Sin perder el humor, y hasta jugando con la contraposición de Dulcinea, dulce y amargura.

En mansa burla de sí mismo, ideó un hombre crédulo que, perturbado por la lectura de maravillas, dio en buscar proezas y encantamientos en lugares prosaicos que se llamaban El Toboso o Montiel; dice "prosaica" y rítmicamente Jorge Luis Borges; y no se equivoca.

¡Qué lector del *Quijote* no recuerda el momento -inscripto en el capítulo II- cuando el protagonista, jinete en Rocinante, dispuesto a buscar aventuras, deja al caballo elegir el rumbo, imaginando también cómo se contaría el hecho en tiempos venideros! La fantasía le dicta aquellas palabras solemnes e hinchadas, paródicas e intencionadas: "Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de

la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas...". No cabe duda, Cervantes quizo ridiculizar las altisonantes y pomposas descripciones tan abundantes en los libros de caballerías, aunque más de una vez algunos lectores desprevenidos hayan querido ver en esta descripción un buen ejemplo de la elocuencia cervantina. Y ¿por dónde caminaba?: "por el antiguo y conocido Campo de Montiel".

Podemos situarlo precisamente. Montiel es un pueblo de la provincia de Ciudad Real, a la vera del río Jabalón, en la Mancha. Cabeza del Campo del mismo nombre; privilegio que ya a fines del siglo XVI le disputaba Villanueva de los Infantes. El Campo tenía una superficie de más de cuarenta leguas e incluía, a más de los dos nombrados, otros pueblos y términos: Membrilla, Solana, Ruidera, Villahermosa, Fuenllana, Torre de Juan Abad, Puebla del Príncipe, etc. El camino era monótono, caminaba despacio, el sol apretaba más y más... pero el jinete imaginaba la dichosa edad en la que habrían de conocerse sus hazañas, dignas del bronce y del mármol, o invocaba a la princesa Dulcinea, señora de su cautivo corazón. La realidad prosaica del Campo de Montiel quedaba sublimada por sus ensueños de famoso caballero y enamorado fervoroso. Al anochecer, cuando el cansancio y el hambre minaban la resistencia del caballero y su caballo, divisa la venta en donde habrá de armarse caballero, en original y fantástica ceremonia.

Quede en claro que perderíamos lastimosamente el tiempo si intentásemos hacer coincidir ajustadamente la geografía manchega del *Quijote* con la verdad cartográfica. Dejemos a los eruditos, dicho sea con todo respeto, en sus intentos de encajar la fantasía en un mapa. El Toboso, Campo de Montiel, Puerto Lápice, Sierra Morena, la misma Mancha y hasta el pueblo de cuyo nombre no quiso acordarse³, más que puntos concretos de una geografía precisa

3 "El verso del romance ("En un lugar de la Mancha") y la fórmula de cuento tradicional ("de cuyo nombre no quiero acordarme") dan al principio del *Quijote* un estilo lleno y popular, buscado con

son nombres coincidentes con una especial geografía cervantina, escenario en que se mueve don Quijote. Una vez escrito, editado y universalizado el libro, la Mancha deja de ser la meseta de Castilla la Nueva que abarca Ciudad Real y, con límites un tanto imprecisos, parte de las provincias de Toledo, Madrid, Guadalajara, Cuenca y Albacete, para convertirse en una región evocada cuando no imaginada para escenario principalísimo de las aventuras de don Quijote. La ondulada llanura vitivinícola y de pan llevar, con ventas y molinos, se aleja del mapa de España, olvida los repartos entre las Ordenes Militares, renace como una nueva región reconocida en el universal mundo de la literatura. Se trata de una geografía literaria y maravillosa.

Con las ansias de la muerte

"-¡Sí, sí; éste es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y finalmente el regocijo de las musas!" No se equivocaba el estudiante Pardal, que por azar encontró Cervantes cuando muy enfermo volvía de Esquivias a Madrid. No se equivocaba en el elogio subido como tampoco cuando enterado por el mismo escritor de su mal lo desahució con algún comedimiento. Quien había empezado el prólogo del *Persiles* -que a él nos estamos refiriendo- con cierto gracejo al llamar a su inolvidable Esquivias "famoso lugar", "por mil causas famoso, una por sus illustres linajes y otra por sus ilustrísimos vinos", termina reflexivo y melancólico diciendo: "Tiempo vendrá, quizá, donde, anudando este roto hilo, diga lo que aquí me falta, y lo que se convenía. ¡Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos; que

toda intención, y que no deja de ser el primer palmotazo a los libros de caballerías que se iniciaban con pampa y solemnidad y situando la imaginaria acción en tierras lejanas o imperios exóticos. El *Quijote* no empieza ni en Persia, ni en Constantinopla, ni en la Pequeña Bretaña, ni en el Imperio de Trapisonda, sino, sencillamente, en el lugar de la Mancha" (Vid. Martín de RÍQUER, "Introducción a la lectura del *Quijote*", en *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Labor, 1967, p. LXVIII). Estas palabras, que resumen lacónicamente y concluyentemente un largo y debatido tema, no niegan la fantasía que, al mismo tiempo, se observa a lo largo del libro.

yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida!" Angustia y esperanza. Mientras -él no lo sabía, la ciencia médica de aquellos tiempos tampoco, nosotros lo barruntamos- la diabetes se agravaba y lo llevaba al coma fatal. Con entereza y viendo muy próximo el final, se redacta el testamento -que lamentablemente no se conserva-, y el capellán de las Trinitarias, don Francisco Martínez, hijo del escribano que vive en la misma casa y es amigo de Cervantes, le administra la extremaunción. Vivirá, sin embargo, cuatro días más. El 19 de abril, aprovechando una relativa mejoría, con esfuerzo y entereza escribe al Conde de Lemos sus últimas palabras, la dedicatoria del tan anunciado y prometido *Persiles*. Digno colofón de una vida azarosa y ejemplar. Esta carta dedicatoria es el final de su papel en el teatro del mundo, protagónico, pleno. Pero él es escritor, artista y sabio. No nos puede extrañar que comience evocando unas antiguas y popularísimas coplas: "Puesto ya el pie en el estribo,/ Con las ansias de la muerte,/ Gran señor; ésta te escribo". Para proseguir: "Ayer me dieron la Extremaunción y hoy escribo ésta. El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir...". Tras unas alabanzas al Conde de Lemos, vuelve a su triste y trágica realidad: "Pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos...". Este es el último documento redactado y firmado por Cervantes: con fe cristiana, con sentido estoicismo, obedece esperanzado la voluntad del cielo, que se cumple el 22 de abril de 1616. En la edición póstuma del *Persiles* se conserva un mediocre epitafio, de Francisco de Urbina, que, con todo, resulta el más rescatable de los escasos testimonios póstumos en su honor:

"Caminante, el peregrino
Cervantes aquí se encierra;
su cuerpo cubre la tierra,
en su nombre, que es divino.
En fin, hizo su camino;
pero su fama no es muerta,

ni sus obras, prenda cierta
de que pudo a la partida,
desde ésta a la eterna vida,
ir la cara descubierta."⁴

Su muerte, aunque digna, no deja de ser la muerte de un hidalgo pobre, que ha necesitado de la ayuda de los poderosos para vivir en sus últimos años. Sus postreros días los enfrenta con la entereza de quien sabe -lo había dicho antes, por boca de Sancho- que "todos estamos sujetos a la muerte, y que hoy somos y mañana no, y que tan presto se va el cordero como el carnero, y que nadie puede prometerse en este mundo más horas de vida de las que Dios quisiera darle; porque la muerte es sorda, y cuando llega a llamar a las puertas de nuestra vida, siempre va de prisa y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni cetros, ni mitras, según es pública voz y fama, y según nos lo dicen por esos púlpitos" (*D.Q.*, II, 7).

Cuando llegamos al capítulo LXXIV de la Segunda Parte, el último, su título ("De cómo don Quijote cayó malo; y del testamento que hizo, y su muerte") ya nos anuncia el fin del héroe. Unas calenturas lo consumen en el lecho. Sus amigos, sin embargo, advierten que se está muriendo de melancolía. El médico, por su parte con su diagnóstico lo sentencia: "y dijo que, por sí o por no, atendiese a la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro... Fue el parecer del médico que melancolías y desabrimientos lo acababan". Frente a la tristeza y lloros de su sobrina, el ama y el escudero, la actitud firme y resignada del héroe. Su "ánimo sosegado" es fruto de una actitud profundamente cristiana que como caballero andante o hidalgo rural siente y demuestra. Por eso, sin aspavientos, sin palabras de elaborada retórica, sobria y sencillamente, pide, "que le dejaran

⁴ Cervantes profesó en la Orden Tercera de San Francisco, a la cual pertenecía junto con su mujer: él desde 1613. El Sábado Santo, 2 de abril de 1616, en su casa de la calle del León, se celebra la tocante e íntima ceremonia de su profesión. En tanto que hermano terciario fue inhumado con el sayal franciscano, en ataud y rostro descubierta.

solo, porque quería dormir un poco".

He aquí el milagro. Después de dormir de un tirón más de seis horas se despierta cuerdo. Y así, al despertar, entre otras razones, se lo oye decir:

"-Dadme albricias, buenos señores, de que ya no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quién mis costumbres me dieron renombre de *Bueno*. Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco mi necedad y el peligro en que me pusieron haberlas leído; ya, por misericordia de Dios, escarmentado en cabeza propia, las abomino".

Su monomanía, su locura, ha terminado. El autor no se dejó tentar por tantos antecedentes novelescos de caballerías para terminar el libro con una gran batalla, una impresionante justa o un fantástico episodio. Así, mediante el sueño, vuelve cuerdo al protagonista y puede cerrar el libro. *Cervantes, sin duda, pudo haber inventado un episodio singular, pero recurrió en buena hora a algo más convincente y más misterioso: al oscuro proceso del sueño. ¿Qué nos pasa al dormir, de qué mundo desconocido regresamos al despertar?*⁵.

En su profundo sueño, don Quijote ¿soñó? Cervantes no dice que sí, pero tampoco que no. Si el sueño es una expresión importante del inconsciente individual y tan real como cualquier otro fenómeno atinente al individuo, podemos pensar que don Quijote soñó y que su sueño influyó en su

5 Jorge Luis BORGES. "Análisis del último capítulo del *Quijote*", en Revista de la Universidad de Buenos Aires, quinta época, año I, n.º 1, Buenos Aires, enero-marzo 1956, p. 30. Tuve el privilegio de escucharlo al mismo Borges cuando leía este *Análisis*, en Mendoza, con ocasión de su Doctorado Honoris Causa que le otorgó, en 1956, la Universidad Nacional de Cuyo. No es mera casualidad que la *Parábola de Cervantes y de Quijote*, esté fechada en enero de 1955. Aunque durante toda su vida le apasionó el tema, es dable observar que por estas fechas su preocupación adquiere especial relieve.

radical cambio de loco a cuerdo. Es sabido que los soñantes tienden a ignorar y hasta negar el mensaje de sus sueños, porque la consciencia se resiste a lo inconsciente y desconocido. Si son cuatro los tipos funcionales por medio de los cuales la conciencia se orienta hacia la experiencia, no es arriesgado afirmar que la percepción sensorial le dice a don Quijote que el mundo de las caballerías existe como mundo fantástico; el pensamiento, lo que en realidad es este mundo fantástico frente al cotidiano; el sentimiento nos informa de si es agradable o no y, por fin, la intuición relaciona el mundo imaginario de donde viene con el empírico al cual vuelve.

¡Pobre don Alonso Quijano! Al recobrar su salud mental puede observar que la vida del hombre, la auténtica, es un complejo de oposiciones inexorables: día y noche, fantasía y realidad, nacimiento y muerte, felicidad y desgracia, bueno y malo, locura y cordura, alegría y tristeza... Pero este conflicto vital e interior lo resuelve con resignación cristiana. Don Alonso Quijano es un hombre de fe, como, en el mundo de la imaginación, don Quijote fue un caballero andante cristiano. Su *cura animae* se lo da la Iglesia; ahí está el licenciado que, a su pedido, lo confesó y le dio la extremaunción. El médico ya lo había sentenciado: había que atender "a la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro".

...Está bien que ahora, ante esta aventura la lucidez, ante esta aventura final que es más tremenda que las otras, se muestre como siempre valiente. Antes se enfrentó con gigantes o con los que creía gigantes y no tuvo miedo; ahora sabe que toda su vida ha sido un engaño y no siente miedo. Cervantes, al escribir estas líneas, pudo pensar que también él estaba cerca de la muerte y que más le hubiera valido escribir libros de devoción y no de arbitraria ficción. Don Quijote se despide de sus fantásticas lecturas y viene a ser una proyección de Cervantes que se despide de su novela, también fantástica⁸.

8 Jorge Luis BORGES, op. cit., p. 32.

* Texto incluido en el libro El Hacedor (1980). Jorge Luis BORGES. Obras Completas. Buenos Aires. Emecé Editores. 1974.

Palabras que tienen su correlato en estas otras de la *Parábola*: *Para los dos, para el soñador y el soñado, toda esa trama fue la oposición de dos mundos: el mundo irreal de los libros de caballerías, el mundo cotidiano y común del siglo XVII.*

Ad aras:

Lo que en la época cervantina era *mundo cotidiano y común*, con el correr del tiempo, se transformó en poético, inasible para la historia de fechas, lugares, hechos y personajes, que se alejarán en alas de la poesía. Para eso está el mito. Los mitos se remontan a los primitivos narradores y sus sueños, a los hombres movidos por el furor de sus fantasías. Después, quizá mucho después, se los llamó poetas. Así la historia de los dioses, posiblemente arcaicas tradiciones o leyendas exageradas de reyes y adalides, se convierten en mitos. Algo parecido ocurre con el sueño. Su contenido es simbólico y, por lo tanto, tiene más de un significado. Los símbolos van más allá de lo que abarcamos con la mente consciente; y por lo tanto, se refieren a algo que es inconsciente o, al menos, no del todo consciente. Pero más que el fino y engorroso análisis psicológico, aquí nos será útil la intuición poética. *Porque en el principio de la literatura está el mito y asimismo en el fin. Ad aras.*

TEXTO DE LA PARABOLA DE BORGES

Parábola de Cervantes y de Quijote

Harto de su tierra de España, un viejo soldado del rey buscó solaz en las vastas geografías de Ariosto, en aquel valle de la luna donde está el tiempo que malgastan los sueños y en el ídolo de oro de Mahoma que robó Montalbán.

En mansa burla de sí mismo, ideó un hombre crédulo que, perturbado por la lectura de maravillas, dio en buscar proezas y encantamientos en lugares prosaicos que se llamaban El Toboso o Montiel.

Vencido por la realidad, por España, Don Quijote murió en su aldea natal hacia 1614. Poco tiempo lo sobrevivió Miguel de Cervantes.

Para los dos, para el soñador y el soñado, toda esa trama fue la oposición de dos mundos: el mundo irreal de los libros de caballerías, el mundo cotidiano y común del siglo XVII.

No sospecharon que los años acabarían por limar la discordia, no sospecharon que la Mancha y Montiel y la magra figura del caballero serían, para el porvenir, no menos poéticas que las etapas de Simbad o que las vastas geografías de Ariosto.

Porque en el principio de la literatura está el mito, y asimismo en el fin.

Clínica Devoto, enero de 1955.